

El enroque autoritario del régimen sirio: de la revuelta popular a la guerra civil

The authoritarian castling of the Syrian regime: from popular uprising to civil war

Ignacio Álvarez-Ossorio Alvariño

Profesor titular del Área de Estudios Árabes e Islámicos, Universidad de Alicante. Coordinador de Oriente Medio y el Magreb, Observatorio de Política Exterior (OPEX), Fundación Alternativas ialvarez@ua.es

Resumen: La revuelta en Siria no ha propiciado un cambio político, sino un reforzamiento del autoritarismo. En un principio, el presidente Bashar al-Asad adoptó diversas reformas cosméticas (ley de partidos y referéndum constitucional), concebidas más como una estrategia de supervivencia que como un verdadero proceso de liberalización política. En sus primeros cuatro años, la crisis siria ha pasado de una revuelta popular antiautoritaria a una guerra por delegación con una activa presencia de Arabia Saudí, Irán, Qatar y Turquía. El control del aparato estatal por parte de la minoría alauí ha sido instrumentalizado por los grupos salafistas y yihadistas para intensificar el sectarismo y reclamar la instauración de un Estado islámico

Abstract: *Instead of hastening political change, the Syrian uprising has led to greater authoritarianism. At first, president Bashar al-Assad adopted various cosmetic reforms (a party law and constitutional referendum), which were designed more as a survival strategy than a genuine process of political liberalisation. In its first four years, the Syrian crisis has gone from being an anti-authoritarian popular uprising to a proxy war with the active presence of Saudi Arabia, Iran, Qatar and Turkey. Control of the state apparatus on the part of the Alawite minority has been instrumentalised by the Salafist and jihadist groups to intensify sectarianism and claim the establishment of an Islamic State.*

Palabras clave: Siria, Bashar al-Asad, Primavera Árabe, Hermanos Musulmanes, ISIS

Key words: Syria, Bashar al-Assad, Arab Spring, Muslim Brotherhood, IS

Esta investigación se enmarca dentro del proyecto I+D financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad: «Las revueltas árabes: actores políticos y reconfiguración de la escena pública en el Norte de África y Oriente Medio» (CSO2012-37779).

En Siria, al contrario que en otros países árabes como Túnez, Libia o Egipto, la revuelta antiautoritaria iniciada en marzo de 2011 no ha provocado hasta el momento la caída del presidente Bashar al-Asad. Tras cuatro años de enfrentamientos armados entre el régimen sirio y los rebeldes, el país se encuentra profundamente dividido entre las zonas leales a al-Asad y las controladas por la heterogénea oposición, compuesta por fuerzas seculares e islamistas. El vacío de poder resultante ha sido aprovechado por grupos de tendencia salafista y yihadista para asentarse en buena parte del territorio y reclamar la instauración de un Estado islámico regido por la sharia. La denominada Primavera Árabe en Siria no se ha traducido, por lo tanto, en un cambio político ni en una apertura democrática. Ha ocurrido más bien lo contrario, puesto que el régimen ha optado por enroscarse en su autoritarismo e intensificar la represión. El «conmigo o contra mí» se ha convertido en la máxima que guía la vida política siria. El mantenimiento de Bashar en el poder evidencia que todavía sigue conservando importantes bolsas de apoyo, sobre todo entre sus aliados tradicionales: las Fuerzas Armadas, el partido Baaz, la oligarquía damascena, las clases medias urbanas y las minorías confesionales. Todos ellos recelan de los llamamientos a favor de un Estado islámico por parte del Frente Islámico de Siria (FIS), el Estado Islámico en Irak y Siria (ISIS) y el Frente al-Nusra.

En este artículo abordaremos las transformaciones sociales, económicas y, sobre todo, políticas registradas en Siria desde marzo de 2011, momento en el que arrancan las movilizaciones populares que demandan la caída del régimen¹. En primer lugar, nos detendremos en la situación demográfica, económica, social y política, lo que nos permitirá comprender la naturaleza de la revuelta. En segundo lugar, estudiaremos las protestas como elemento de quiebra del régimen autoritario y como eventual desencadenante de los cambios políticos. En tercer lugar, evaluaremos el papel de los actores internacionales en la crisis siria, poniendo especial énfasis en la posición de las potencias regionales (Irán y Arabia Saudí) y en la guerra por delegación (*war by proxy*) que libran en territorio sirio. En cuarto lugar, tocaremos las transformaciones registradas en el sistema de partidos y las plataformas de la oposición. Por último, estudiaremos el contenido de las reformas constitucionales emprendidas y los procesos electorales celebrados en Siria en 2012 y 2014, y nos preguntaremos si suponen un paso hacia la democratización del régimen o, por el contrario, forman parte de una estrategia de supervivencia.

1. Para ello hemos seguido el marco establecido por Szmolka, 2012.

El contexto prerrevolucionario en Siria

Al igual que el resto de los países de Oriente Medio, Siria es un país heterogéneo desde el punto de vista étnico-confesional, aunque es prácticamente imposible cifrar el peso exacto de cada una de las comunidades debido a la ausencia de datos oficiales al respecto. Aproximadamente un 85% de los 24 millones de sirios es árabe y también existen importantes concentraciones kurdas (el 9% de la población), así como armenias, asirias, circasianas y turcomanas (otro 6%). En el plano confesional, los musulmanes representan cerca del 90% de la población, aunque fuertemente segmentados: existe una mayoría suní (el 75% de los sirios), pero también ramas chiíes como los alauíes (un 11%), los drusos o los ismailíes (que juntos suman un 4%). Al mismo tiempo han pervivido diversas iglesias cristianas (aproximadamente un 10%): la grecoortodoxa (la más relevante) y la católica (que aúna a armenios-católicos, melquitas, siríaco-católicos, maroníes, caldeos y latinos). Por último, debemos referirnos a los yazidíes, una secta sincrética kurda que combina elementos paganos, zoroastras, cristianos y musulmanes.

El golpe de Estado baazista de 1963 fue interpretado como una revancha de la periferia contra Damasco, dado que buena parte de sus dirigentes pertenecía a las minorías confesionales tradicionalmente marginadas por el poder central (Batatu, 1999: 83; Ajami, 2012: 70). Para evitar gobernar en solitario, Hafez al-Asad cooptó tanto a la mayoría árabe suní como a las minorías confesionales. Desde 1970, los primeros ministros siempre han sido árabes suníes y las minorías confesionales han tenido una nutrida representación en los sucesivos gobiernos. No obstante, los poderosos servicios de seguridad y las principales unidades militares siempre han sido un feudo exclusivamente alauí (Ziadeh, 2013: 23-26). En realidad, la verdadera naturaleza del sistema de poder sirio no reposa tanto en factores confesionales, ideológicos o regionalistas como clánicofamiliares, ya que fue la familia nuclear y extensa de los al-Asad y toda su red de alianzas estratégicas la principal beneficiaria de su larga presidencia. La *asadización* de Siria deparó el ascenso de una élite familiar reconvertida primero en militar, con el fin de acceder a los puestos clave de las Fuerzas Armadas y los Servicios de Inteligencia y, desde allí, dar el salto al ámbito económico con la consiguiente protección estatal. Para ello emprendieron una política de enlaces matrimoniales y proyectos empresariales con familias políticas y militares próximas, por un lado, y con los herederos de algunas de las fortunas suníes más relevantes del país o de determinadas regiones, por el otro (Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán, 2013: 189).

Los dos núcleos tradicionales de oposición al régimen los han constituido los Hermanos Musulmanes y los movimientos kurdos. Los Hermanos Musulmanes fueron descabezados en la década de los ochenta del pasado siglo (Abd-Allah, 1983; Badaro, 1987). El fracaso de la insurrección islamista con el bombardeo de Hama

en 1982 provocó que sus dirigentes abandonaran el país y se refugiaron en el mundo árabe o el continente europeo, puesto que la Ley 49/1980 establecía que «todo aquel que pertenezca a los Hermanos Musulmanes será considerado un criminal y recibirá como castigo la pena de muerte». Desde entonces se les ha impedido desarrollar actividades en el interior del país, por lo que su capacidad de movilización a escala doméstica ha quedado seriamente erosionada (Álvarez-Ossorio y Ramírez, 2013: 121-149). No obstante, los Hermanos Musulmanes han aprovechado la revuelta antiautoritaria para tratar de recuperar posiciones, sobre todo en las dos principales plataformas opositoras radicadas en el exterior –el Consejo Nacional Sirio (CNS) y la Coalición Nacional de las Fuerzas de la Revolución y la Oposición Siria (CNFROS)–, de las que hablaremos en el apartado cuarto de este artículo.

Por lo que respecta a los kurdos, se trata de una minoría que cuenta con una larga historia de persecuciones y de ostracismo político, social y económico, debido a

A diferencia de lo ocurrido en otros países, la revuelta antiautoritaria siria tuvo una dimensión eminentemente rural, ya que irrumpió en zonas especialmente azotadas por una pertinaz sequía que se sentían abandonadas por el poder central.

que es la comunidad no árabe más cohesionada del país y la única que podría representar una amenaza para el proyecto panarabista baazista (Gambill, 2004; Galié y Yildiz, 2005). El ascenso al poder de Bashar al-Asad en 2000 despertó grandes expectativas, pero las esperanzas de una naturaliza-

ción de los kurdos denominados «extranjeros» y «no registrados» (entre 250.000 y 400.000 personas) no se materializaron hasta el estallido de la revuelta popular en 2011, cuando se aprobó la Ley 49/2011 por la que se concedía la ciudadanía a los denominados «extranjeros» de la provincia del Hasake. En los últimos meses, los kurdos han superado sus diferencias y han unificado sus filas aprovechando el vacío de poder para instaurar una amplia autonomía y reivindicar el establecimiento de un Estado federal en el Acuerdo de Erbil del 26 de julio de 2012.

A diferencia de lo ocurrido en otros países, la revuelta antiautoritaria siria tuvo una dimensión eminentemente rural, ya que irrumpió en zonas especialmente azotadas por una pertinaz sequía, entre ellas Deraa, Homs o Hama, que se sentían abandonadas por el poder central. Debe tenerse en cuenta que, tras su llegada a la presidencia, Bashar auspició un ambicioso programa de reformas liberalizadoras definido como un proceso de transformación desde «el estatismo a la economía de mercado» (Perthes, 2004: 5) o como un paso hacia «la economía social de mercado» (Donati, 2009: 225). Los principales beneficiados de dicho proceso de liberalización económica fueron los empresarios próximos a la familia gobernante y, de manera particular, su primo Rami Majluf, la principal fortuna del país (Leverett, 2005: 83-84). De hecho, tras el estallido de la revuelta popular, Majluf se convirtió en uno de los principales sustentos del régimen.

No por casualidad, el informe de Transparencia Internacional de 2013 situaba a Siria como el décimo país más corrupto del mundo. La corrupción es precisamente el principal condicionante de la economía y el factor que garantiza la estabilidad del sistema, basada en el intercambio de prebendas pero que, a la par, entorpece cualquier proceso de reforma. En este sentido, el elemento fundamental de la relación entre el régimen de los al-Asad y determinadas élites económicas del interior se basa en un acuerdo tácito de simbiosis: el poder aporta cobertura legal y política a las oligarquías afines y estas aseguran un respaldo financiero y empresarial que, en el seno de la comunidad suní, tenía el elemento añadido de contrarrestar posibles tendencias opositoras que amenazaran la estabilidad del régimen (Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán, 2013: 192).

Como consecuencia de la liberalización económica, el contrato social que el régimen baazista mantenía con su población desde décadas atrás se rompió y el Estado dejó de cubrir sus necesidades más elementales (Ruiz de Elvira y Zintl, 2014: 329-349). La descarga estatal provocó la privatización parcial de los servicios sociales y la extensión de la pobreza. En el período 2000-2010, el porcentaje de población que vivía en situación pobreza pasó del 22% al 34%. Los grandes perjudicados fueron las clases medias, que vieron deteriorarse su posición de manera acelerada. El alza del coste de la vida, el *boom* inmobiliario, la elevada inflación y el aumento de las desigualdades fueron algunos de los resultados de esta política.

Los jóvenes fueron otras de las víctimas colaterales, lo que explica su activa implicación en las movilizaciones populares contra Bashar al-Asad. Debe tenerse en cuenta que un 65% de los sirios tienen menos de 35 años y un 40% menos de 15 años. El exiguo crecimiento económico (un 2,4% anual de media en la década pasada) fue insuficiente para absorber a las 300.000 personas que cada año trataban de incorporarse al mercado laboral. Esta situación provocó altas tasas de desempleo (cerca del 20%), mayores entre los jóvenes. Por otro lado, las oportunidades laborales no dejaban de ser precarias y cientos de miles de ciudadanos se vieron empujados hacia la economía sumergida y el sector de trabajo informal (cerca del 40%), lo que generó una gran precariedad y que un gran número de trabajadores quedaran sin cobertura social (Wieland, 2012: 118-133). Dicho empobrecimiento incrementó la dependencia de la población de las asociaciones caritativas, que se convirtieron en los últimos años en importantes proveedores de asistencia social (Ruiz de Elvira, 2010).

Esta situación generó el caldo de cultivo de las movilizaciones de mediados de marzo de 2011, cuando decenas de miles de sirios salieron a las calles para demandar una profunda reforma de las estructuras de poder y, sobre todo, una transición hacia la democracia. El muro del miedo que tantas décadas había costado erigir se resquebrajó de la noche a la mañana.

El estallido revolucionario

Desde la llegada del Baaz al poder en 1963, el régimen sirio es un claro ejemplo de sistema de autoritarismo cerrado en el que no existe separación de poderes, no hay pluralismo político, no es factible el acceso al poder por medios democráticos, no se preservan los derechos y no existen libertades políticas (Heydemann, 1999; Heydemann y Leenders, 2013). Tras heredar el poder en 2000, Bashar al-Asad se concentró en la liberalización económica descartando una liberalización política que exigiría la celebración de elecciones con participación de partidos de la oposición, el reconocimiento de la libertad de expresión y asociación, el fomento de la sociedad civil y la participación de la oposición en el Gobierno y el Parlamento. Siria era, junto con Túnez y Libia, uno de los países más autoritarios del mundo árabe y, por lo tanto, de los más refractarios a las demandas de apertura por parte de su población. Además de los factores socioeconómicos abordados en el apartado anterior, la agenda política ocupó un lugar central en las manifestaciones, que reclamaban la derogación de las leyes de emergencia vigentes desde el golpe militar baazista, la legalización de partidos, la celebración de elecciones transparentes, el retorno de los exiliados políticos y la liberación de los presos políticos.

Tras varias tentativas fallidas, el 15 de marzo de 2011 se celebró un «Día de la Ira» en el que tomaron parte miles de ciudadanos, que salieron a manifestarse de manera pacífica exigiendo libertad, dignidad y democracia. El 31 de enero de ese mismo año, el presidente Bashar al-Asad había descartado en una entrevista concedida a *The Wall Street Journal* un efecto contagio, al interpretar que en Siria existía una *simbiosis* entre gobernantes y gobernados. Sin embargo, los opositores no parecían pensar lo mismo. En un artículo aparecido el 16 de abril en el diario libanés *al-Safir*, el ex preso político Michel Kilo afirmaba: «Entramos en una nueva etapa histórica basada en la primacía de la ciudadanía, la libertad, la justicia, la igualdad, el secularismo y los derechos del hombre y del ciudadano» (Kilo, 2011a). Las manifestaciones fueron especialmente multitudinarias en la ciudad sureña de Deraa, donde los manifestantes fueron reprimidos con extrema dureza. Si bien es cierto que el motivo inicial de la protesta fue la detención de unos niños que habían realizado unas pintadas antigubernamentales, también lo es que la crisis económica, acentuada por una duradera sequía que tuvo efectos devastadores sobre la agricultura, intensificó el descontento de la población. Posteriormente, se sumaron a la contestación otras ciudades como Homs, Hama, Yable, Hasake o al-Qamishle. La periferia de Damasco, feudo del régimen, también fue contagiada por esta ola de malestar. Las manifestaciones fueron *in crescendo* durante las semanas siguientes convirtiéndose en un desafío sin precedentes para el régimen.

Tras el estallido de la revuelta, el presidente al-Asad apostó por una solución militar al percibir que su propia supervivencia estaba en juego. La brutal represión de los manifestantes con fuego real provocó centenares de víctimas y convenció a la oposición de la necesidad de recurrir a las armas para defender a la población, lo que a su vez condujo a la militarización de la revuelta. Una de las primeras voces a favor de esta opción fue la del exiliado político Ashraf Miqdad, presidente de la Declaración de Damasco, quien manifestó el 6 de septiembre de 2011 al diario *al-Sharq al-Awsat*: «El régimen sirio nunca detendrá la represión y los asesinatos, por lo que solo hay dos opciones: una intervención extranjera o armar a los revolucionarios». Ante la presión de la calle, el presidente al-Asad decidió atrincherarse en el poder. En su comparecencia ante el Parlamento el 30 de marzo de 2011, dejó claro que las reformas no serían resultado de la presión popular: «Nos acusan de prometer reformas y no realizarlas, pero nos hemos visto obligados a modificar nuestras prioridades a causa de las reiteradas crisis regionales y de cuatro años de sequía». Además, al-Asad denunció que las movilizaciones eran el resultado de una conspiración (*mu'amara*) destinada a provocar una guerra sectaria (*fitna*) y acabar con el último bastión del arabismo para obligarle a deponer su resistencia frente a Israel. En su discurso, Bashar al-Asad cifró como sus máximas prioridades «la estabilidad y la mejora de las condiciones económicas». Poco después aumentó el sueldo de los funcionarios. También reemplazó al primer ministro Muhammad Nayi Otri por Adel Safar, hasta entonces titular de Agricultura. En los meses posteriores derogó las leyes de emergencia y aprobó una nueva ley de partidos que ponía fin al monopolio político del Baaz.

Ante la propagación de las protestas, Bashar al-Asad estableció un gabinete de crisis dirigido por el ministro y el exministro de Defensa, Dawud Abdallah Rayiha y Hasan Turkmani. En dicha célula también participaban el ministro de Interior y los jefes de las principales agencias de seguridad y las unidades militares. En ella tenían un papel central tres personas del entorno familiar de Bashar: su hermano Maher al-Asad (responsable de la Guardia Republicana y la iv División Armada), su cuñado Asef Shawkat (viceministro de Defensa) y su primo Hafez Majluf (director de la Inteligencia Militar de Damasco). Esta célula de crisis sufrió un golpe mortal con el atentado contra la sede de la Seguridad Nacional del 18 de julio de 2012, en el que murieron los ministros de Interior y Defensa, así como el propio Shawkat.

A la hora de abordar las razones por las cuales el presidente Bashar al-Asad ha conseguido mantenerse en el poder es ineludible hacer referencia a la solidez de sus apoyos. Nos hallamos ante un régimen granítico en el que sus élites interpretan que están librando una batalla a vida y muerte que acabará con un solo vencedor. Las diferentes estrategias de supervivencia puestas en marcha por el

régimen han tenido éxito, aunque a costa de asumir un enorme desgaste puesto que la «solución militar» provocó hasta marzo de 2014, según la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR), 4 millones de refugiados y 7 millones de desplazados internos². En los cuatro primeros años de conflicto, un total de 220.000 personas perdieron la vida según la ONU. De esta manera, como denunció el opositor Michel Kilo (2011b), el régimen intentaba dar «una solución securitaria a un problema no securitario». Ante la gravedad de la situación, el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas denunció «las sistemáticas y graves violaciones de los derechos humanos cometidas de forma continuada por las autoridades sirias como ejecuciones arbitrarias, uso excesivo de la fuerza y la muerte y persecución de manifestantes y defensores de los derechos humanos», y aconsejó que sus responsables fueran juzgados ante tribunales internacionales³. Gradualmente el peso detentado por los Comités de Coordinación Locales⁴ (CCL), que en un principio habían dirigido la movilización ciudadana, se fue desplazando al Ejército Sirio Libre (ESL), integrado por desertores y rebeldes. A medida que la revuelta popular se militarizó, el régimen recurrió a su artillería pesada atacando pueblos y ciudades enteras. Las matanzas contra poblaciones indefensas se extendieron, al igual que el empleo de armamento de guerra (incluidos misiles Scud o cazas Mig-21) contra barrios y zonas controlados por los rebeldes, lo que tuvo un altísimo coste en términos humanos e intensificó el éxodo de la población.

La guerra civil siria también adquirió un carácter sectario. Debe tenerse en cuenta que la mayor parte de los grupos armados insurgentes están integrados por suníes procedentes de zonas agrícolas o de suburbios urbanos especialmente golpeados por las reformas económicas emprendidas por Bashar al-Asad, mientras que los barrios de clases medias de las principales ciudades han permanecido relativamente fieles al régimen (Lund, 2012b: 10). A partir de 2012 se registraron atentados con coches bomba contra el barrio cristiano de Bab Tuma, el santuario chií de Saida Zainab o la zona drusa de Yaramana (todos ellos en Damasco), así como matanzas en zonas alauíes (el 20 de diciembre de 2012

2. Véase <http://data.unhcr.org/syrianrefugees/regional.php>

3. Report of the United Nations High Commissioner for Human Rights on the Situation of Human Rights in the Syrian Arab Republic, 15 de septiembre de 2011 (en línea) http://www.lcil.cam.ac.uk/sites/default/files/LCIL/documents/arabspring/syria/Syria_24_Report_UNHCHR.pdf

4. Los CCL fueron establecidos por jóvenes activistas en numerosas ciudades, pueblos y aldeas. En un primer momento fueron los encargados de convocar manifestaciones de protesta contra el régimen y de preparar la logística necesaria para su celebración. Se mostraron contrarios a la militarización de la revuelta y partidarios del empleo de la resistencia civil.

fueron asesinados a sangre fría 200 alauíes en Aqrab). La irrupción de grupos yihadistas no hizo más que exacerbar el sectarismo. Zahran Allush, uno de los mandos del salafista FIS, se mostró a favor de «limpiar Damasco de nusayríes (alauíes)» (Landis, 2013), a los que tachó de apóstatas. El célebre predicador Yusuf al-Qaradawi emitió una fetua, poco después del ataque con armas químicas del 21 de agosto de 2013 que provocó 1.500 muertos en las afueras de Damasco, y pidió a «todo musulmán suní con formación militar ir a combatir a los chiíes y los alauíes en Siria», mostrándose convencido de que los alauíes eran «más infieles que los judíos» (Schenker, 2013).

La parálisis de la comunidad internacional y la competición irano-saudí

Al contrario de lo ocurrido en Libia, donde el Consejo de Seguridad aprobó la resolución 1.973 basada en la doctrina de la responsabilidad de proteger, en el caso sirio no se ha alcanzado un consenso a la hora de autorizar el empleo de la fuerza para proteger a la población civil, principal víctima de la guerra. Tras el inicio de la crisis, Estados Unidos, Reino Unido y Francia chocaron con la frontal oposición de la Federación Rusa y China. Sus reiterados vetos, tal y como ocurrió el 4 de octubre de 2011 y el 4 de febrero de 2012, llevaron a los países occidentales a adoptar sanciones en solitario, entre ellas la prohibición de venta de armamento, la congelación de las transacciones con el Banco Central sirio, la restricción de la libre circulación de personas y el bloqueo de las cuentas de los dirigentes sirios en el extranjero. El efecto de estas medidas fue limitado, ya que los principales socios comerciales de Siria no eran occidentales y el régimen pudo seguir adquiriendo armamento de sus más fieles aliados: Rusia e Irán.

Ante el colapso de la ONU, la Liga Árabe promovió diversas iniciativas para detener el baño de sangre. El 2 de noviembre de 2011 planteó un Plan de Acción que reclamaba poner fin a todos los actos de violencia, proteger a la población civil, liberar a los detenidos, retirar las tropas de las calles, permitir el despliegue de observadores de la Liga Árabe y emprender un diálogo nacional entre el régimen y la oposición. Unos meses más tarde, el 22 de enero de 2012, la Liga Árabe planteó un plan de transición que contemplaba el diálogo político entre el Gobierno y el conjunto de la oposición para establecer un sistema democrático y pluralista. El objetivo sería crear un Gobierno de unidad nacional que se encargaría de convocar unas elecciones libres y transparentes bajo supervisión internacional en un plazo de dos meses. La iniciativa más relevante de la ONU fue

el Plan Annan del 16 de marzo de 2012. Este plan de seis puntos se basaba en la iniciativa de la Liga Árabe antes mencionada y pretendía reducir la violencia y facilitar un diálogo entre el régimen y la oposición para establecer un Gobierno transitorio. Dicho plan preveía la retirada de las tropas de las calles, la liberación de los presos políticos, el libre acceso de las organizaciones humanitarias y el despliegue de observadores internacionales para verificar el cumplimiento del alto el fuego por las partes. Esta propuesta apenas tuvo recorrido ante las resistencias del régimen sirio.

La espiral de violencia desatada en Siria tomó a Estados Unidos con el pie cambiado, puesto que buena parte de sus esfuerzos iban encaminados a distanciarse de Oriente Medio tras los fracasos de Afganistán e Irak. La Administración de Obama se inclinó por la estrategia de la contención intentando evitar que la guerra desestabilizase al conjunto de la región. Debe tenerse en cuenta que Siria es un régimen hermético con escasos vínculos con los países occidentales, con lo cual la deriva siria no representaba en principio una amenaza directa para los intereses norteamericanos. Además, las relaciones entre Washington y Damasco eran prácticamente nulas desde la aprobación de la Ley de Responsabilidad Siria y de Restauración de la Soberanía Libanesa en 2003, por la que Estados Unidos acusó al régimen sirio de respaldar el terrorismo internacional y disponer de armas de destrucción masiva⁵. Mientras Siria se ha ido deslizando hacia el abismo, los países occidentales han mantenido un doble discurso. Por una parte apoyaban diplomáticamente a la oposición, pero por otro lado se negaban a proporcionarle armamento sofisticado por temor a que cayese en manos de grupos radicales. El Grupo de Amigos de Siria trató de resolver este dilema pronunciándose, en las cumbres celebradas en Túnez y Estambul, a favor de una solución negociada.

El 30 de junio de 2012 se celebró la I Cumbre de Ginebra sobre Siria con la presencia de Estados Unidos y Rusia. En ella se aprobó un plan de transición que preveía la formación de un Gobierno de unidad con figuras de la oposición e integrantes del actual Gobierno, la convocatoria de elecciones legislativas y la elaboración de una nueva Constitución que diera plenos poderes al primer ministro. Las potencias apostaron por la «ambigüedad constructiva», ya que no especificaron si la salida de Bashar al-Asad era una condición para su aplicación. La II Conferencia de Ginebra tuvo lugar del 22 al 24 de enero de 2014 y fue la

5. Congreso de los Estados Unidos, «Syria Accountability and Lebanese Sovereignty Restoration Act» (en línea) http://www.usip.org/sites/default/files/file/resources/collections/peace_agreements/syria_accountability.pdf

primera ocasión en la que el régimen y la oposición se sentaron en la misma mesa de negociaciones para hablar del futuro de Siria. Demasiado tiempo si tenemos en cuenta el nivel de destrucción y la magnitud de la catástrofe humanitaria. El acuerdo de mínimos alcanzado entre Estados Unidos y la Federación Rusa para convocar Ginebra II teóricamente obligaba a las partes a suscribir el marco de negociación establecido en Ginebra I. No obstante, el régimen torpedeó una vez más las negociaciones y la cumbre se cerró sin avances reseñables.

El fracaso de estas iniciativas internacionales dejó un importante vacío que fue llenado por las potencias regionales y, en particular, por Irán y Arabia Saudí, los dos países con más peso específico de la región, aunque también Turquía y Qatar trataron de influir en los acontecimientos. Algunos autores no dudan en describir esta bipolarización irano-saudí como «una nueva guerra fría» que ha provocado un creciente sectarismo en todo Oriente Medio. Como señala Dazi-Héni (2013: 23-25) «durante las revueltas árabes estos dos países lucharon en realidad por la influencia en la región con dinero, armas, ideología e influencia sectaria en la política interna de sus vecinos» convirtiéndose «la rivalidad que surge de la lucha geopolítica entre los dos estados en el Golfo Pérsico en el factor internacional más importante en Oriente Medio» por delante incluso del conflicto palestino-israelí. Lejos de formar parte de un enfrentamiento religioso entre sunismo y chiísmo, «las actuales divisiones sectarias entre Arabia Saudí e Irán parecen estar mucho más relacionadas con el enfrentamiento geopolítico y el antagonismo ideológico en su búsqueda por el predominio en Oriente Medio» (ibídem: 23).

El apoyo de Irán ha sido vital para mantener a flote al régimen. Siria es considerado un aliado vital para Irán y un actor esencial para mantener su influencia sobre el Líbano a través de Hezbolá.

El apoyo de Irán ha sido vital para mantener a flote al régimen. Siria es considerado un aliado vital para Irán y un actor esencial para mantener su influencia sobre el Líbano a través de Hezbolá. Desde el inicio de la revuelta, el régimen sirio ha contado con la inestimable ayuda de estas milicias chiíes libanesas que se han inmerso de lleno en la guerra aun a riesgo de desestabilizar el Líbano, país que se ha adentrado en una peligrosa dinámica de atentados entre los partidarios y contrarios a Bashar al-Asad. En opinión de Dazi-Héni (ibídem: 30), «para Teherán, Siria es un frente importante en su conflicto geoestratégico con Estados Unidos, es una guerra fría con Arabia Saudí y es una guerra contra los salafíes y los grupos asociados a Al Qaeda, cuyo odio por los chiíes es bien conocido. Teherán percibe el colapso del régimen de al-Asad como un movimiento adverso que podría terminar con Hezbolá y la República Islámica». Esta alianza ha azuzado el sectarismo, puesto que sirve para movilizar a los yihadistas internacionales que acuden a Siria a hacer su particular *jihad* contra un régimen al que tachan de apóstata.

También las petromonarquías árabes del Golfo Pérsico, y en particular Arabia Saudí y Qatar, han aprovechado la guerra siria para tratar de ganar influencia en la región armando a las facciones rebeldes. El embargo occidental en los primeros compases de la lucha incrementó su dependencia de los emiratos del Golfo Pérsico, que representan el principal sustento para la mayor parte de grupos de orientación islamista, salafista y yihadista que combaten en territorio sirio, lo que les ha conferido «un papel prominente en la confrontación militar con el régimen» en detrimento de los grupos rebeldes seculares (Kodmani y Legrand, 2013: 10). De hecho, «cada grupo envuelto en la lucha pasó a depender de la ayuda financiera y militar externa y, por lo tanto, es vulnerable a la manipulación (...). En el bando opositor, el dinero y las armas se pusieron a disposición de quienes juran lealtad a un patrón y los patrones se multiplicaron rápidamente» (ibídem: 11).

La irrupción de plataformas opositoras

Tras la revuelta antiautoritaria, el régimen se vio obligado a adoptar una serie de reformas que implicaban cierta apertura dentro del autoritarismo cerrado vigente hasta aquel momento. El 3 de agosto de 2011 se aprobó una nueva ley de partidos políticos por medio del Decreto n.º 100. El artículo 1 definía a un partido como «una organización política fundada conforme a las disposiciones de esta ley con el objetivo de participar en la vida política y emplear medios pacíficos y democráticos con este fin». El artículo 5 señalaba que los partidos deberían «preservar la unidad del país y fortalecer la unidad nacional» y advertía de que no podrían tener «base religiosa, sectaria, tribal o regional o discriminar en función de raza, sexo o color», señalando que «las actividades del partido no implicarán la formación de formaciones militares o paramilitares ni pública ni secretamente». Dicho artículo también señalaba que «el partido no podrá ser el brazo o el afiliado de un partido u organización política no siria», en una clara alusión a los Hermanos Musulmanes sirios y al Partido de la Unión Democrática (PYD) kurdo. El artículo 35 legalizaba automáticamente todos los partidos integrados en el Frente Nacional Progresista, entre ellos el Partido Árabe Socialista Baaz, el Movimiento Socialista Árabe, la Unión Socialista Árabe y el Partido Comunista Sirio.

Tras la aprobación de la nueva ley de partidos políticos se legalizaron una decena de formaciones de corte izquierdista y liberal, entre las que se contaban el Partido de la Voluntad del Pueblo, el Partido de la Solidaridad, el Partido Árabe Democrático de la Solidaridad, el Partido Democrático Sirio,

el Partido de Desarrollo Nacional, el Partido Ansar, el Partido de la Vanguardia Democrática, la Juventud Nacional para la Justicia y el Desarrollo, el Partido de la Patria y el Partido del Pueblo. De todas ellas, solo el trotskista Partido de la Voluntad del Pueblo logró obtener representación parlamentaria en las elecciones legislativas celebradas el 7 de mayo de 2012, colocando a dos de sus miembros en el nuevo Parlamento.

Junto a estos cambios de carácter cosmético que apenas han afectado la naturaleza autoritaria del régimen, las novedades más relevantes han tenido lugar en el exterior, donde han surgido varias plataformas de oposición. El CNS nació en Estambul el 23 de agosto de 2011 con el objetivo de respaldar las movilizaciones populares. Este Consejo trató de respetar la heterogeneidad de la sociedad siria respecto a su diversidad confesional, étnica y, sobre todo, ideológica, integrando a los Hermanos Musulmanes, los CCL, la Declaración de Damasco, el Bloque Nacional, el Bloque Kurdo y la Organización Democrática Asiria, así como a figuras independientes y a dirigentes tribales (Álvarez-Ossorio, 2012: 55-67). Su primer presidente fue el intelectual Burhan Ghalioun. El hecho de no militar en ninguna formación fue considerado inicialmente como una ventaja, pero a la larga se convirtió en una tara ya que su acción se vio condicionada por los Hermanos Musulmanes, la principal fuerza del CNS, que de hecho vetaron su intento de acercamiento al Comité Nacional para la Coordinación del Cambio Democrático (CNCCD) en diciembre de 2011. Dicho grupo tiene cierto apoyo en el interior del país y está integrado por 13 formaciones de izquierdas, encabezadas por el Reagrupamiento Nacional Democrático de Hassan Abd al-Azim; además, es partidario del diálogo con el Gobierno sirio y contrario a una intervención internacional.

El 17 y 18 de diciembre de 2011 el CNS aprobó su programa político, que llamó al establecimiento de un Estado democrático, civil y pluripartidista con una plena división de poderes, el gobierno de la ley y el respeto de las minorías. Asimismo se comprometió a preservar los derechos humanos y las libertades fundamentales. Según el texto, todos los ciudadanos tendrían los mismos derechos y deberes sin distinguir entre su etnia, religión o sexo. También se comprometió a que la futura Constitución reconociera los derechos nacionales de los pueblos kurdo y asirio y resolviese su encaje en el marco de la unidad territorial siria. Insistió además en la necesidad de mantener el carácter pacífico de la revuelta, unificar los esfuerzos de la oposición en el exterior y los activistas del interior, movilizar a la comunidad internacional, proteger a los civiles y cooperar con el resto de fuerzas opositoras. El CNS fue reconocido por la comunidad internacional como representante legítimo del pueblo sirio en la 1 Conferencia de Amigos de Siria, celebrada en febrero de 2012 en Túnez y en la que participaron más de 70 países.

La frágil cohesión interna, la carencia de recursos y la dependencia de sus patrocinadores lastraron la labor del CNS, que tras Burhan Ghalioun fue presidido por el académico kurdo Abdel Basit Sayda y el opositor cristiano George Sabra. En respuesta a las presiones del Grupo de Amigos de Siria, el CNS se comprometió a través del Pacto Nacional para una Nueva Siria a unificar las filas opositoras. Como resultado de este compromiso nació en Doha, el 11 de noviembre de 2012, la CNFROS liderada en un principio por Moaz al-Jatib, antiguo imán de la mezquita de los Omeyas, y posteriormente por Ahmad Yarba, miembro de la poderosa tribu de los Shammar, originaria de la península Arábiga. Muchos consideran la elección de Yarba como el retorno al neopatrimonialismo en detrimento de la ideología nacionalista-religiosa defendida por sus predecesores. La CNFROS fue reconocida como representante legítima del pueblo sirio por el Consejo de Cooperación del Golfo, la Liga Árabe y el Grupo de Amigos de Siria.

Junto al CNS y la CNFROS, las principales novedades procedieron de las zonas kurdas. El 26 de octubre de 2011, 15 formaciones kurdas establecieron un Consejo Nacional Kurdo (CNK) que se alió con el CNS. En él no tomó parte el influyente PYD, la rama siria del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), que a su vez se integró en el CNCCD. Mientras que el CNS se ha mostrado favorable a otorgar a la minoría kurda derechos nacionales, no parece excesivamente inclinado a aceptar un Estado federal (Lund, 2012a: 117). Hassan Saleh, miembro del partido Yekiti y del CNS, defendía «un Estado federal como la mejor vía para alcanzar una coexistencia pacífica interna, ya que permite a todos los pueblos y minorías disfrutar de sus derechos y preservar su identidad y su existencia. El federalismo es una manera de garantizar la unidad del Estado» (Saleh, 2012). Tras intensas presiones por parte del CNK, el CNS se vio obligado a clarificar su posición ante la cuestión kurda. El 3 de abril de 2012, el CNS hizo pública una Carta Nacional sobre la Cuestión Kurda que señalaba: 1) el reconocimiento constitucional de la identidad nacional del pueblo kurdo y de sus derechos nacionales en el marco de la unidad territorial siria; 2) la abolición de todas las políticas, decretos y medidas discriminatorias adoptadas contra los kurdos y el compromiso a compensarles por ellas; 3) Siria será un Estado civil, democrático y plural basado en el principio de igualdad ante la ley de todos sus ciudadanos y en «un Gobierno local ampliado y empoderado»; 4) no habrá discriminación en función de la etnia, origen, religión y género de la población y se respetarán las leyes internacionales y los derechos humanos, y 5) el compromiso a combatir la pobreza, especialmente en aquellas zonas que han padecido políticas discriminatorias, y también para mejorar las condiciones de vida mediante una mejor repartición de la riqueza nacional.

A pesar de estos buenos propósitos, la división entre las fuerzas opositoras árabes y kurdas no dejó de crecer. De hecho, los partidos kurdos aprovecharon la coyuntura para crear una autonomía *de facto* en el Kurdistán sirio. El 26 de julio

de 2012, el PYD y el CNK establecieron, con la mediación del líder kurdo iraquí Massoud Barzani, el Acuerdo de Erbil, por el que se creó un Consejo Supremo Kurdo y unas unidades de protección kurdas. Esta decisión generó preocupación en Turquía, pero también en la CNFROS y el Ejército Libre Sirio (ELS), que veían cómo el Kurdistán sirio seguía su propio camino y se distanciaba de la revuelta.

Liberalización forzada: ley de partidos políticos, nueva Constitución y elecciones legislativas y presidenciales

Tras el inicio de la revuelta antiautoritaria en marzo de 2011, el régimen sirio se vio obligado a aprobar una serie de medidas cosméticas para liberalizar el espacio político. Los decretos aprobados entre abril y octubre de ese mismo año deben contemplarse más como una estrategia de supervivencia que como una voluntad real de modificar la naturaleza autoritaria del régimen, por lo que no han implicado más pluralismo ni mayor competencia política. Las medidas más relevantes fueron las siguientes:

- 1) El Decreto 161 por el que se derogaban las leyes de emergencia y el Decreto 54 por el que se regulaba el derecho a las manifestaciones pacíficas, ambos del 21 de abril de 2011.
- 2) El Decreto 100 que recogía la nueva ley de partidos políticos y el Decreto 101 con la ley de elecciones generales, ambos del 3 de agosto de 2011.
- 3) El Decreto 33 por el que se establecía un comité nacional para reformar la Constitución, aprobado el 15 de octubre de 2011.

La enmienda de la Constitución⁶ era una de las principales demandas de la población que tomó las calles en marzo de 2011. No obstante, la reforma constitucional no fue el resultado del diálogo con las fuerzas de la oposición, sino un acto unilateral del régimen para retener el poder. Las enmiendas introducidas fueron menores y no afectaban al grueso de los poderes presidenciales.

6. Una traducción al inglés puede consultarse en: <http://es.scribd.com/doc/81771718/Qordoba-Translation-of-the-Syrian-Constitution-Modifications-15-2-2012>

La nueva Constitución enmendaba el artículo 8, que consideraba al Baaz como «líder del Estado y la sociedad», para señalar en su párrafo 1 que «el sistema político está basado en el principio del pluralismo político y el gobierno es únicamente ejercido y obtenido a través de las elecciones democráticas». Además, el artículo 88 fijaba un máximo de dos mandatos presidenciales de siete años a partir de ese momento, de tal manera que al-Asad podría prolongar su presidencia hasta el año 2028. Además del poder ejecutivo, el presidente tenía la capacidad de vetar leyes aprobadas por el Parlamento (art. 98), disolver el Parlamento (art. 107) y asumir el poder legislativo si la Cámara no estaba en período de sesiones (art. 111). El referéndum constitucional fue celebrado el 26 de febrero de 2012. Según los datos oficiales, la Constitución fue secundada por un 89,4% de los votantes, pero solo se registró una participación del 57,4%, cifra poco verosímil si tenemos en cuenta que buena parte del país no estaba bajo el control del régimen

Las revueltas populares iniciadas en marzo de 2011 en Siria no solo no han provocado un cambio político, sino que además han intensificado el autoritarismo de un régimen que desde un primer momento ha apostado por la solución militar.

(sobre todo las provincias de Homs, Hama, Daraa, Idlib y Raqqa) y que el referéndum fue boicoteado por todos los partidos de la oposición y las fuerzas rebeldes.

En el marco de las medidas cosméticas adoptadas por el régimen también se convocaron elecciones

legislativas y presidenciales. El 7 de mayo de 2012 tuvieron lugar las elecciones al Parlamento con casi un año de retraso respecto al calendario inicialmente fijado. Según los datos oficiales, los comicios contaron con una participación de un 51,26% del censo. Aunque se permitió la entrada en el Parlamento de nuevas formaciones políticas, el oficialista Frente Nacional Progresista⁷ logró 168 de los 250 escaños en juego, 134 de los cuales fueron para el partido Baaz que, por lo tanto, retenía más de la mitad de los 250 escaños de la Asamblea. El Frente Popular para el Cambio y la Liberación, integrado por el Partido Social Nacionalista Sirio y el Partido de la Voluntad del Pueblo, tan solo logró seis parlamentarios. Los otros 77 fueron a parar a independientes, todos ellos próximos al poder. Tras las elecciones se formó un nuevo Gobierno presidido por Riyad Hiyab. La principal novedad residió en la incorporación de varias figuras de la oposición, entre ellas

7. El Frente Progresista Nacional obtuvo 168 escaños distribuidos de la siguiente manera: Partido Socialista Árabe Baaz, 134; Socialistas Unionistas, 18; Partido Comunista Sirio-Facción de Jaled Bakdash, 8; Partido Comunista Sirio-Facción de Yusuf Faisal, 3; Movimiento Nacional del Voto, 3, y Unión Árabe Socialista, 2.

Qadri Yamil, líder del Partido de la Voluntad del Pueblo, que fue nombrado viceprimer ministro para asuntos económicos.

Las elecciones presidenciales se desarrollaron el 3 de junio de 2014. De acuerdo con la nueva Constitución, y por primera vez desde la conquista del poder por el Baaz, se admitió la presentación de más de un candidato. El texto constitucional establecía que el presidente debería ser musulmán, recabar el apoyo de 35 diputados, tener al menos 40 años de edad, haber vivido en Siria en los últimos diez años, haber nacido en Siria o de padres sirios y no haber contraído matrimonio con una extranjera. De los 24 candidatos que presentaron su candidatura, la Corte Suprema tan solo aceptó la participación de tres: el presidente al-Asad, el ex primer ministro Hassan al-Nuri y Maher Hajar, ex miembro del Partido de la Voluntad del Pueblo. Bashar al-Asad se impuso por una abrumadora mayoría con el 88,7% de los votos. Sus rivales, Hassan al-Nouri y Maher Hajar, apenas sumaron el 7,5% de los votos (un 4,3% y un 3,2%, respectivamente). La participación, según fuentes oficiales, fue del 73,42% del censo. Como en anteriores comicios, los partidos de la oposición boicotearon las elecciones y no se registraron votaciones en las zonas en manos de los rebeldes.

Conclusiones

Las revueltas populares iniciadas en marzo de 2011 en Siria no solo no han provocado un cambio político, sino que además han intensificado el autoritarismo de un régimen que desde un primer momento ha apostado por la solución militar para conservar el poder y mantener su posición privilegiada. Durante los primeros meses de la revuelta, el presidente Bashar al-Asad emprendió reformas cosméticas, concebidas más como una estrategia de supervivencia que como un verdadero proceso de liberación política destinado a modificar la naturaleza autoritaria del régimen. En el curso de 2011 se aprobaron una serie de decretos encaminados a derogar las leyes de emergencia, acabar con el sistema de partido único o enmendar la Constitución que no implicaron ni más pluralismo ni mayor competencia política. Las reformas introducidas a cuentagotas parecían demostrar más bien que el régimen es incapaz de reformarse a sí mismo y no tiene la voluntad de pilotar una transición hacia la democracia. Como máximo está dispuesto a adoptar ciertas reformas menores, siempre que no pongan en tela de juicio la actual repartición de poder.

En sus cuatro años de vida, la crisis siria ha modificado su carácter, pasando de una revuelta antiautoritaria a una guerra por delegación con una activa presencia de potencias y actores regionales. El control del aparato estatal por

parte de la minoría alauí ha sido instrumentalizado por los grupos salafistas y yihadistas para convocar una guerra sectaria. Irán y Arabia Saudí, las dos potencias regionales, se han involucrado activamente en el país convirtiendo a Siria en el tablero en el que libran su particular guerra fría por el control de Oriente Medio. La comunidad internacional, con su política de *esperar y ver*, es también responsable de la deriva siria, en tanto en cuanto ha permitido que la herida se gangrene y que la metástasis se contagie al conjunto del país extendiendo el sectarismo.

Referencias bibliográficas

- Abd-Allah, Umar F. *The Islamic Struggle in Syria*. Berkeley: Berkeley University Press, 1983.
- Ajami, Fouad. *The Syrian Rebellion*. Standford: Hoover Press, 2012.
- Álvarez-Ossorio, Ignacio. «Le Conseil National Syrien: genèse, développement et défis». *Maghreb Machrek*, n.º 213 (2012).
- Álvarez-Ossorio, Ignacio y Gutiérrez de Terán Ignacio. «The Syrian Ruling Elite and the Failure of the Repressive Trend», en: Izquierdo, Ferran (ed.). *Political Regimes in the Arab World. Society and the Exercise of Power*. Londres: Routledge, 2013.
- Álvarez-Ossorio, Ignacio y Ramírez, Naomí. «Los Hermanos Musulmanes en Siria: entre la confrontación y la concertación», en: Izquierdo, Ferran (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*. Barcelona: CIDOB/Bellaterra, 2013.
- Badaro, Samer A. *The Islamic Revolution of Syria (1978-1982). Class Relation, Sectarianism and Social-Political Culture in a National Progressive State*. Tesis Doctoral, The Ohio State University, 1987.
- Balanche, Fabrice. «Insurrection et contre-insurrection en Syrie». *Géostrategie Maritime Review*, n.º 2 (2014).
- Batatu, Hanna. *Syria's Peasantry, the Descendants of Its Lesser Rural Notables, and Their Politics*. Princeton: Princeton University Press, 1999.
- Burgat, François y Paoli, Bruno (eds.). *Pas de printemps pour la Syrie*. París: La Découverte, 2013.
- Dazi-Héni, Fatiha. «Arabia Saudí contra Irán: un equilibrio regional de poder». *Awraq*, n.º 8 (2013).
- Donati, Caroline. *L'exception syrienne, entre modernisation et résistance*. París: La Découverte, 2009.
- Galié, Alessandra y Yildiz, Kerim. *Development in Syria: A Gender and Minority Perspective*. Londres: Kurdish Human Rights Project, 2005.

- Gambill, Gary C. «The Kurdish Reawakening in Syria». *Middle East Intelligence Bulletin* (abril de 2004).
- Heydemann, Steven. *Authoritarianism in Syria. Institutions and Social Conflict. 1946-1970*. Nueva York: Cornell University Press, 1999.
- Heydemann, Steven y Leenders, Reinoud. *Middle East Authoritarianisms. Governance, Contestation and Regimen Resilience in Syria and Iran*. Stanford: Stanford University Press, 2013.
- Human Rights Watch. *A Wasted Decade. Human Rights in Syria during Bashar al-Asad's First Ten Years in Power*. Nueva York: Human Rights Watch, 2010 (en línea) <http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/syria0710webwcover.pdf>
- International Crisis Group. «Syria under Bashar (II): Domestic Policy Challenges». *ICG Middle East Report*, n.º 24 (11 de febrero de 2004).
- Izquierdo, Ferran. (ed.). *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*. Barcelona: CIDOB, 2013.
- Kilo, Michel. «Na`m. La budda min hall siyasi». *Al-Safir* (16 de abril de 2011a).
- Kilo, Michel. «Bi-saraha... `an al-hall al-amani». *Al-Safir* (26 de abril de 2011b).
- Kodmani, Bassma y Legrand, Félix. *Empowering the Democratic Resistance in Syria*. París: Arab Reform Initiative, 2013.
- Landis, Joshua. «Zahran Alloush: His Ideology and Beliefs». *Syria Comment* (15 de diciembre de 2013) (en línea) <http://www.joshualandis.com/blog/zahran-alloush>
- Landis, Joshua y Pace, Joe. «The Syrian Opposition». *The Washington Quarterly*, vol. 1, n.º 30 (2007).
- Lawson, Fred (dir.). *Demystifying Syria*. Londres: Saqi, 2010.
- Lesch, David W. *The New Lion of Damascus: Bashar Al-Asad and Modern Syria*. Yale: Yale University Press, 2005.
- Leverett, Flynt. *Inheriting Syria. Bashar's Trial by Fire*. Washington D.C.: Brookings Institution Press, 2005.
- Lund, Aron. *Divided They Stand. An Overview of Syria's Political Opposition Factions*. Bruselas: Foundation for European Progressive Studies, 2012a.
- Lund, Aron. «Syrian Jihadism». *UIbrief*, n.º 13 (14 de septiembre de 2012b) (en línea) <http://www.ui.se/upl/files/77409.pdf>
- Mikail, Barah. «Can the Syrian war be ended?». *Policy Briefing*, n.º 167 (2013). FRIDE.
- Perthes, Volker. *Syria under Bashar al-Asad: Modernisation and the Limits of Change*. Londres: Routledge, 2004
- Pierret, Thomas y Selvik, Kjetil. «Limits of 'Authoritarian Upgrading' in Syria:

- Private Welfare, Islamic Charities, and the Rise of the Zayd movement». *International Journal of Middle East Studies*, n.º 41 (2009).
- Ruiz de Elvira, Laura. «L'État syrien de Bachar al-Assad à l'épreuve des ONG depuis l'arrivée au pouvoir de Bachar al- Assad». *Maghreb-Machrek*, n.º 203 (2010).
- Ruiz de Elvira, Laura y Zintl, Tina. «The End of the Ba'athist Social Contract in Bashar al-Asad's Syria: Reading Sociopolitical Transformations through Charities and Broader Benevolent Activism». *International Journal of Middle East Studies*, vol. 46 (2014).
- Saleh, Hassan. «The Kurdish Issue and Syria's Democracy». *Fikra Forum* (20 de abril de 2012) (en línea) <http://fikraforum.org/?p=2163>
- Satik, Nerouz y Mahmud, Khalid. «The Syrian Crisis: An Analysis of Neighboring Countries' Stances». Doha (Qatar): Arab Center for Research and Policy Studies, 2013 (en línea) <http://english.dohainstitute.org/file/get/ce6dd4ee-3171-4897-92b9-acc1e185ad6e.pdf>
- Schenker, David. «Qaradawi and the Struggle for Sunni Islam». *PolicyWatch*, n.º 2157 (16 de octubre de 2013). The Washington Institute (en línea) <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/qaradawi-and-the-struggle-for-sunni-islam>
- Syrian Center for Political and Strategic Studies/ Syrian Expert House. *Syria Transition Roadmap*. Washington D.C.: Syrian Center for Political and Strategic Studies, 2013 (en línea) http://syrianexperthouse.org/reports/Syria_Transition_Roadmap__Full_en.pdf
- Szmulka, Inmaculada. «Factores desencadenantes y procesos de cambio político en el mundo árabe». *Documentos CIDOB Mediterráneo*, n.º 19 (2012).
- Wieland, Carsten. *A Decade of Lost Chances. Repression and Revolution from Damascus Spring to Arab Spring*. Seattle: Cune Press, 2012.
- Ziadeh, Radwan. *Power and Policy in Syria. Intelligence Services, Foreigns Relations and Democracy in the Modern Middle East*. Nueva York: I. B. Tauris, 2013.